

**Vendrá la muerte
y tendrá tu rostro**

JOSÉ LUIS TOMÁS PORTA



VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TU ROSTRO

José Luis Tomás Porta

Primera edición: Julio 2018

© Derechos de edición reservados.

Azur Grupo Editorial.

www.azureditorial.com

info@azureditorial.com

Colección: Novela

©José Luis Tomás Porta

joseluitomaspoescrito.com

Edición: Azur Grupo Editorial

Corrección: Rodri Vaz Cano

Maquetación y Diseño de cubierta: Silvia Martínez Gil

Imagen de cubierta: ©Fotolia.es

ISBN: 978-84-948813-2-9

DEPÓSITO LEGAL: AL 1115-2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida,

almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico,

químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Azur Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

*He arrancado los árboles
que habitaban en tu casa de espuma
y he regado mis días
con el antiguo y nuevo
verdor de tus ojos.*

Gioconda Belli

1

«Me pediste que escribiera como si todo estuviera ocurriendo ahora. Me doy cuenta de que nada ha dejado de ocurrir ni un segundo en mi cabeza. Es domingo. 29 de septiembre de 1985. Su cumpleaños fue el 23. Habíamos pensado celebrarlo anoche para que así pudieran venir más amigos. Ni vino nadie ni celebramos nada. Hemos estado toda la semana enfadados. Esto es bastante habitual, discutimos mucho sin necesitar demasiadas razones para hacerlo, aunque esta vez, como otras muchas, ella sí tenga razones para no hablarme y para enviarme a tomar por culo de una puta vez también, pero se vuelve a quedar callada, una vez más en estos tres años que estamos juntos, fumándose un porro tras otro y dibujando esos relojes ensangrentados que tan triste me ponen.

Nos conocimos en la calle. Es la una o una y media de la tarde. La veo salir de la escuela de artes y oficios. Me fijo en sus vaqueros azul celeste y su blusa blanca que deja traslucir el sujetador. Me quedo petrificado, aún no sé por qué. Se para un momento a hablar con una compañera y mi mirada resbala desde su cara, concentrada en la conversación, a su bien dibujado culo y desde allí otra vez a su cara, su pelo rubio, sus ojos imposibles, y a todas las palabras que imagino suspendidas de esos labios que tan pronto amagan una sonrisa con un deje de ironía como parecen sorprenderse de lo que ellos mismos dicen. Cuando quiero darme cuenta ya no está. Al día siguiente vuelvo, a la misma hora. Espero medio escondido en un portal a que salga. Al poco rato la veo junto a la misma chica del día anterior, se despide de ella tras otra breve charla y se atusa distraída el pelo mientras llega el primer paso desatendido que la aleja de allí despacio, como si andar, irse o quedarse, no

sean más que movimientos indiferentes a su voluntad. Entonces comienzo un discreto seguimiento. Unos metros detrás de sus caderas mi imaginación cabalga y mis latidos suenan a charcos que mi sigilo no logra amortiguar. Cada día se repite lo mismo. Su figura de espaldas, su cintura, su culo atrapando mi sueño, se convierten en mis lazarillos. No veo nada más ni pienso ni siento nada más. La sigo desde la escuela por las callejuelas del centro, siempre el mismo itinerario sin desviarse un baldosín, siempre las mismas aceras, las mismas sombras y el mismo rumor de acontecimientos repetidos, siempre cada vez una aventura nueva, un deseo nuevo, un nuevo trocito de ella que yo voy encajando en mi imaginación. Es como ensamblar un mecano, como componer una melodía en la que el pentagrama es su cuerpo desplazándose unos metros delante de mí. Cuando llegamos a la plaza de Santa Margarita ella se pierde en el portal de una vieja y noble casona. No sabré hasta tiempo después que ella sube corriendo a su habitación para espiar desde su ventana cómo yo me quedo allí parado, disimulando frente a un escaparate un buen rato, atisbando también las ventanas para poder ver un poquito más de su vida. Pasan los días hasta que su mirada se cruza con mis pasos y tres días después nuestros ojos se acostumbran a mirarse al pasar. Al poco tiempo nuestros andares se acomodan y yo, que nunca he sido bueno ligando, me atrevo a saludarla y a preguntarle su nombre; ¿puedo acompañarte?; y su silencio es un sí y a los pocos días el paseo ya es una costumbre, el encuentro un pacto y el primer beso nos pilla casi a escondidas el uno del otro. Ella tiene dieciocho años y yo un par de años más. Aprendemos a caminar juntos y a mirarnos entre palabras, a hablar solo lo necesario y a esperar cada día el sol abrazados a lo que queremos».

2

La taberna asturiana estaba a rebosar. En la barra había gente esperando su mesa, pero Gonzalo y el subinspector Ramos la tenían reservada, como cada dos viernes desde hacía ya casi tres años. Gonzalo ya estaba esperando al subinspector. No podía evitar llegar con antelación a sus citas, reconocer el terreno y esperar a que las situaciones se le acercaran sin sorpresas ni sobresaltos. Pero las esperas nunca evitaban que los instantes siempre llegaran de pronto. En la calle llovía con fuerza y dentro el serrín se ensuciaba de pisadas y salpicaduras de sidra mal escanciada. Gonzalo conocía a Ramos desde hacía mucho, de la época en que comenzó a trabajar en la sección de sucesos del *Noticias*, cuando era un jovenzuelo que aún pensaba que las noticias se producían antes de ser escritas. Durante muchos años se relacionaron desde una lejanía amable, profesional, en la que de vez en cuando se abría un hueco para una conversación alrededor de un café en la que se iban filtrando con cuentagotas informaciones personales.

Un ecuatoriano iba por las mesas ofreciendo claveles a las parejas. Gonzalo tuvo que vencer su agarrotada timidez para hacerle una seña y comprarle dos flores: una para su pequeña Altea, la otra se la daría al subinspector como regalo por su cumpleaños. Con los años, sobre todo a partir de separarse de Blanca, había ido estrechando la relación con aquel hombre con más pinta de borrachín bohemio que de veterano policía con decenas de casos ahumando su sempiterno Romeo y Julieta en los labios, hilo invisible que lo sujetaba a una historia que entre orujos y risas y silencios le había ido contando en esos viernes sidrosos.

Cuando llegó Ramos, con diez minutos de retraso, con su blanca y despeinada barba sin fronteras entre rostro y pelambreira, con su optimismo cansado de hombre crecido entre mundos enfrentados, el de su casa y el de los otros mundos, el primero, el segundo, la guerra fría, la dictadura que le dio de comer, la guerra de Vietnam, los Beatles; aunque él fuera más de los Rolling, qué coño, era de Mieres; los adoquines en París, los silencios de una gente acostumbrada a callar, los silencios que se le venían a la garganta como sapos que ya no podía más tragar. Un hombre que acababa de cumplir 53 años, al que el mundo ya le había dado tantas vueltas que a veces la sonrisa le salía movida.

—Perdón por el retraso, muchacho, pero es que en la comi me han invitado a un caldillo por mi cumple. —Palmoteó la espalda de Gonzalo al tiempo que se dejaba caer sobre la silla con el paracaídas de su jovial carcajada—. Mis compañeros me aprecian, por mucho que deseen que pase a la reserva para ocupar mi mesa con vistas a las piernas más bonitas de toda la comisaría.

Volvió a reír, a tocarse el ala del sombrero en un simbólico gesto de quitárselo, a dar un caudaloso trago de la sidra recién escanciada por Gonzalo, a coger con sus dedos gordos la carta sabida de memoria, a vociferar; lo de siempre; y saludar con estruendo dos mesas más allá, a mirar con ojillos pícaros el beso de la joven pareja de al lado, a secarse con el dorso de la mano la barba salpicada, a reprimir un eructo y reír, siempre reír, y mirar a Gonzalo que a su vez le miraba muy serio. Todo ello en un instante durante una eternidad. Mirar a Gonzalo y decir:

—Gonzalo, estamos jodidos.

Gonzalo chocó con él su vaso de sidra.

—Porque sigamos jodidos muchos años más.

En todos aquellos viernes habían ido acercándose poco a poco, casi midiendo cada centímetro de distancia entre sus vidas, avanzando y retrocediendo con el cuidado que solo ponen los buscaminas y los que las han encontrado sin buscarlas. El primer viernes fue un encuentro casual, de esos que provocan las soledades cuando se pegan, el segundo se hizo esperar, pero ya a partir del tercero se creó la costumbre nunca hablada. La taberna se llamaba El Molinón, cómo no, y Paco Ramos le habló a Gonzalo de los tiempos heroicos del Sporting, de cómo la dictadura obligó a suprimir el extranjerismo y denominarse Real Gijón, vaya ironía, pero nadie pudo impedir que sus seguidores le siguieran llamando Sporting; le habló de los triunfales setenta, de Churruca y la escuela de Mareo, de Mesa, de Cundi, del portero Castro y de su hermano Quini, el gran Quini, su fichaje por el Barsa y su secuestro. Le contó interioridades de aquel secuestro que a Gonzalo, a pesar de su experiencia como periodista, le removieron las tripas.

Cuando terminaron el tapeo llegaron los orujos, el café y el brandy, la conversación de cercanía, un poco adormecida por el alcohol, pero ya sin la medida de lo conveniente. El Molinón se iba despejando poco a poco y los camareros se acercaban de tanto en tanto a saludarles. Eran bien recibidos allí.

3

«Al principio los dos nos contamos lo que queremos ser y reímos satisfechos al sospechar que lo único que queremos ser es lo que somos juntos, algo que nos resulta tan cómodo de vivir que no hay más piel que la nuestra, ni más aire que el de nuestras salivas juntas. Cada mediodía la espero para dar el mismo paseo de siempre, por las mismas calles y los mismos besos, con las mismas palabras y la misma forma de acariciarnos cada cosa que nos ocurre. Estamos tan convencidos como engañados, pero los dos daríamos nuestra vida entera para que nuestra vida entera fuera eso y poco más. El poco más es lo que acabará con todo.

Lo normal, y quizá lo mejor para los dos, sería que nuestra historia de amor juvenil dure lo que duran estas historias, que el deslumbramiento mutuo se apague en el rescaldo de la costumbre y que nuevas alternativas nos permitan otras vidas, pero el sueño de querernos deja paso a la huella de cada día, de cada paso de uno tras del otro, y unos meses después sigo acudiendo a mi cita con ella esperando reencontrar aquella primera visión, sin poder permitirme desesperar por no lograrlo. Supongo que a ella le pasa algo parecido. Los dos buscamos encontrar lo que hemos imaginado en el otro y no nos atrevemos a pensar ni por un segundo que solo lo hemos imaginado. Mientras tanto nos mudamos a un piso y seguimos paseando de la mano, hacemos el amor y nos callamos las pequeñas cosas que nos separan. Me dibuja desnudo hasta el amanecer mientras le recito poemas de Alejandra. Bebemos y fumamos porros sin parar, reímos hacia afuera y nos cobijamos en silencios que observan al otro para decidir en segundos si seguir queriéndolo o no. Vienen días y días que se apoderan de planes o futuros. Nos gusta masturbarnos el uno

al otro en silencio, como para ponernos un paréntesis que nos encierre para siempre, luego llegan las horas de reloj y ella se va a la escuela y yo me quedo en la cama haciéndome el dormido muy despierto hasta que me duelen las sienes de tanto imaginar su voz diciendo lo que quiero oír y de un salto me levanto y me voy a la ducha para que el agua me borre el día anterior y el que venga. Estoy vivo.

Si la vieras pintar, si tuvieras la suerte de posar para ella en alguno de estos amaneceres, no te haría falta que yo te escriba ahora todo esto. El tiempo solo es lo que hacemos, y cuando pinta el tiempo es ella, no transcurre ni un solo segundo más allá de lo que su pincel hace vivir. Sus ojos me miran sin ver y su pecho respira con un ritmo tan uniforme que mi cabeza se zambulle en ese vaivén como si no existiera otra cosa que su mar. De pronto algo sucede y su mirada vuelve a verme, entonces con una sonrisa me lanza un beso que revive al tiempo y al reloj y a los latidos. Los dos nos miramos muy callados queriendo atrapar el tiempo que nos ha atrapado y otro beso pone un punto y aparte hasta la próxima espera. Estas sesiones pueden durar horas, pero en una ocasión consigo atisbar algo de lo que ha pintado y con sorpresa descubro que en todo este tiempo apenas ha bosquejado un claroscuro y ha perfilado un trazo de mi rostro.

Al terminar sus estudios todos sus profesores y compañeros le auguran un gran futuro como pintora. Su familia, de muy buena posición, se ofrece a costearle completar sus estudios en cualquier prestigiosa academia de Europa o de América, pero ella no tiene el menor interés, no trabaja en ningún otro cuadro que no sea el inacabable retrato que cada noche me pinta mientras yo leo un libro tras otro e intento escribirle relatos que la enamoren para siempre. Du-

rante días y meses no hacemos otra cosa que deambular por calles y calles desde el mediodía a la medianoche. Al levantarnos de la cama nos duchamos juntos, nos liamos el primer porro, nos vestimos juntos y vamos a desayunar al café de abajo. Ella siempre pide un café con leche y una medialuna que moja hasta deshacerse en la taza. Yo, mientras me tomo mi café a fríos sorbos, le leo los anuncios por palabras y las noticias, que parecen anunciar el final de algún mundo: el atentado del día de ETA, el paro creciente, los ruidos de sable en los cuarteles, la crisis de Oriente Medio, un nuevo atentado islamista en algún lugar no escuchado antes, el atraco a un banco en algún pueblo costero o en alguna ciudad dormitorio, la delincuencia generalizada que aviva las nostalgias por la dictadura, la imparable marea de la heroína que va sumergiendo a los barrios obreros en la resignación y la desmovilización como si la epidemia de la miseria fuera un destino merecido. Tipografías, marcas de hierro que convierten historias de personas en huecas noticias. No tenemos ninguna explicación. Paso las páginas de tres en tres hasta llegar a los anuncios. Me mira con sus ojos verdesgrisazules abiertos de par en par, mirando en ellos cada una de las palabras que yo le leo. Primero las ofertas de pisos de alquiler, luego las de trabajo; y se deja leer sin decir nada, frunciendo a veces los labios para resaltar su interés y otras veces sorbiendo con un ligero ruido su taza para que abrevie y me dirija a los anuncios de sexo, en los que pongo voz de tercera persona mientras le explico con todo detalle los servicios ofrecidos. Me sonrío displicente, como sin interés, pero yo sé que por la noche reproducirá hasta el mínimo detalle cada cosa que le describo durante el desayuno.

De pronto se cansa de los anuncios y aparta la taza a un lado. Yo pliego el periódico y espero su sonrisa y su voz. Cada día me propone irnos a vivir a cualquier ciudad, a

cualquier país, donde ella pintará retratos a los turistas y yo la observaré desde algún banco o algún café cercano, para que note mi mirada y se sienta húmeda. Cada día cambia la ciudad y el país, cada día le brillan los ojos tras la sonrisa y luego se queda callada y tras pagar la cuenta me coge de la mano y me lleva a pasear hasta la playa para ver los verdes del mar y los cielos aprisionando el color. Siempre confunde el mar Rojo y el mar Negro. Le digo que el mar Rojo es donde se flota y ella me pregunta por Sebastopol, quiere que vayamos a Sebastopol. También quiere que vayamos al Canadá, a La Habana, a Lisboa, a miles de sitios y a Praga, un día se le ocurre que tenemos que ir a Praga y empieza a recopilar todo tipo de informaciones sobre la ciudad y su historia. Luego nos quedamos largo rato callados, mirándonos o mirando el mar, y me vuelve a preguntar sobre algún mar; no por no saber, sino para comprobar que sigo teniendo ganas de estar, allí, hablando como sin querer, construyéndonos el mundo como si nos decoráramos la existencia para poder estar más a gusto. El viento del invierno hace que se le caiga la moquita y yo le paso la lengua por la nariz, por los párpados, y le pido por favor que no me deje nunca. Me jura que nunca lo hará y yo me juro a mí mismo que nunca dejaré de intentar ponerle las palabras a sus sueños. De la playa nos vamos a algún sitio donde comer cualquier cosa y luego seguimos vagabundeando por toda la ciudad, cogidos siempre de la mano y observando entre los respiros los pensamientos del otro, buscando cualquier hueco que nos deje entrar un poquito más adentro, no notar tanto el frío, no oír el ruido dentro de nuestras cabezas, abrigarnos en el silencio del otro, encontrarlo allí dentro, callado y eterno, cálido, abrazándonos.

Poco a poco nos vamos alejando de todo, de nuestras familias, de nuestros amigos. Es nuestra forma de querernos, desaparecer el uno en el otro, anularnos hasta no ser

más que nosotros. En ningún momento hablamos de esto o de nada parecido. Salvo los volátiles proyectos del desayuno, ni ella ni yo hablamos nunca del futuro, nunca recordamos el día anterior, solo esperamos juntos el estar juntos y la íntima intuición de estarlo nos hace plenos y satisfechos, no necesitamos nada ni queremos nada. Quizá tú emplearías aquí la palabra felicidad, pero esa palabra no llena ningún sueño, ningún silencio, solo lo traiciona».

4

Gonzalo no podía recordar con certeza la primera vez que entró en aquel local, pero sería poco después del divorcio. Podría decirse con sorna que su matrimonio había sido una de las primeras víctimas de internet. La red había facilitado desde sus primeros tiempos lo que en el cuerpo a cuerpo era más difícil: conocer gente sin moverse de casa, vivir historias desde un sillón, fotocopiar a uno mismo en decenas de reproducciones del deseo de conocer, gustar, sentir. Pasaron meses hasta que Gonzalo pudo contarlo, viernes y viernes de querer abrirse un poco a su nuevo amigo, aunque solo fuera como reciprocidad a la confianza que él le había mostrado al contarle la tragedia de su hija. Al fin llegó el viernes de la confianza y todavía le rodaron las lágrimas al verbalizar lo que como pensamiento le roía.

Primero fueron señales incomprensibles para alguien que como él no podía concebir el engaño: vacíos donde antes había palabras, días de compras con amigas que antes nunca se daban, extrañas llamadas de su suegra, horas y horas delante de un ordenador que de pronto se apagaba si él se acercaba a besar su cuello, un perfume nuevo, ropa interior en el cajón que nunca se había puesto para él, un documento del procesador de textos olvidado en la papelera de reciclaje:

«Te aseguro que esta noche lloraré, pero de puro placer». Eran demasiados indicios para que no se derrumbara de pronto ese sólido mundo en el que se había refugiado, aquella despreocupación y felicidad por poseer dos tesoros que nunca hubiera imaginado tan perfectos. Su niña y su mujer le daban sentido a todo lo que nunca podría comprender, el mundo de fuera, el que no calzaba zapatillas, desaparecía cada vez que sus princesas le recibían en casa.